

# Didáctica

## Averroes no va a la escuela

**Pablo López López**

En la conmemoración del octavo centenario del fallecimiento de Averroes, el recuerdo de un esfuerzo filosófico por armonizar fe y razón, por presentar la esperanza de la revelación monoteísta, por mantener el talante del pensar crítico aprendido en la tradición griega. Demasiada pretensión, quizá, para una cultura tan desgarrada como la nuestra que no quiere o no puede penetrar en lo mejor del impulso filosófico medieval. Por eso, quizá Averroes va a congresos presididos por altas jerarquías de la sociedad, pero no entra en la escuela para enseñar una manera de enfrentar la vida, una manera de humanizar (que esto es educar)

Muy celebrado está siendo el octavo centenario del fallecimiento del pensador, médico y juez de Córdoba y gran sabio de Al Andalus, Averroes. Buena prueba son una serie de congresos en Andalucía, en Sevilla, Málaga y Córdoba, acompañados de una magnífica exposición itinerante, sobre la figura y el entorno cultural del filósofo. Al apoteosis conmemorativo andaluz se suman un cuarto congreso en Zaragoza, el de la Sociedad Española de Filosofía Medieval, y el de nuestros vecinos marroquíes en Marraquesh. El primero de estos eventos, el de Sevilla, fue inaugurado por el mismísimo príncipe de Asturias.

Averroes es conocido sobre todo por su doble faceta de filósofo y teólogo. ¿Desde cuándo se prodigan sus majestades en inaugurar congresos filosóficos?. ¿Desde cuándo por un pensador aparecen tanto presupuesto, tantas cámaras de televisión y tantos cargos públicos de uno y otro lado del estrecho?. Ojalá sigan haciéndolo. Averroes se lo merece y la filosofía tam-

bién. Pero la cuestión actual es: ¿por qué tanto fasto ahora?. A la vista del desarrollo del primer congreso, cabe preguntarse si realmente se está celebrando a Averroes o más bien lo que se cree que éste simboliza.

De los dos días del congreso sevillano uno no tuvo prácticamente nada que ver con Averroes, ni siquiera con la filosofía, sino con problemas contemporáneos del Magreb y su relación con España. El centenario de un ilustre musulmán hispánico, muerto en Marruecos, ha sido percibido como una excusa ideal para personificar nuestros vínculos culturales y hasta los intereses económicos comunes con los musulmanes, particularmente norteafricanos y marroquíes. Bienvenido sea todo lo que suponga volver nuestra mirada hacia nuestros vecinos más modestos y salir del éxtasis eurocéntrico y de observancia pro-norteamericana. *La pena es que, ya que Averroes no es el verdadero centro de sus celebraciones, no se le hace un poco de caso ni a él ni a lo que él representa.* Los seres humanos, y no menos los habitantes de estas latitudes, tenemos la macabra costumbre de celebrar a quien crucificamos.

En buena medida una sociedad se retrata en lo que enseña a sus hijos. Esta sociedad nuestra no quiere que Averroes ni nada de lo que él representa, entren en las escuelas de sus retoños a comunicar algo de sabiduría.

Con independencia de las peculiares posiciones de Averroes, que como las de cualquier otro gran pensador han de sopesarse detenidamente, su figura es una de las que mejor encarna el esfuerzo por armonizar la fe y la razón, la esperanza en una revelación monoteísta y el análisis crítico aprendido de los griegos. Averroes es gran comentarista tanto del Corán como de Aristóteles, siendo un hombre de su tiempo y adelantado a su tiempo. Esto lo atestiguan su acertada labor de gobierno, el realismo de sus quejas sobre la situación socio-política de su país y su adelantada defensa de la mujer. También fue un hombre que supo soñar, a la par de Platón, con una sociedad virtuosa. Y, por su doble condición de médico y humanista, concilia dos mundos que hoy mantenemos en una artificiosa disociación: el de la ciencia empírica y el de las humanidades. Demasiada armonía y conciliación para una civilización tan desgarrada como la nuestra. Demasiada virtud y demasiada espiritualidad para unos tiempos nuestros dominados por la productividad y el materialismo.

En vida ya conoció Averroes la incompreensión de algunos de los suyos, cómodos fideístas que le llevaron al ostracismo. Su nombre se consagró desde París para todo Occidente, mas a costa de un resquebrajamiento de lo más íntimo de su enseñanza sobre la armonía entre fe y razón y entre moral natural y moral religiosa. El averroísmo latino se popularizó bajo la consigna de "la doble verdad", una religiosa y otra racional, posiblemente contradictorias. Estigmatizada con tan absurdo dualismo, nuestra cultura se vio aún más lastrada por una bicefalia o esquizofrenia entre lo espiritual y lo material a partir de Descartes. En el mundo islámico Averroes ha sido un autor marginado o nefando hasta hace pocas décadas. Es duro ser grande.

¿Qué transmite, en líneas generales, a sus jóvenes una sociedad en la que se vitorea el nombre de Averroes?. Sobre *el Islam* la idea predominante es la del integrista y la guerra santa, la total postración de la mujer y el atraso connatural de sus pueblos. Del *Medievo*, aun tratándose del propio espacio en el que surgieron nuestras lenguas y culturas, las más denigrantes descalificaciones convertidas en lugares comunes substituyen un mínimo de conocimiento en torno a ese largo y variado periodo. En la historia de la filosofía del COU en Andalucía y otras comunidades se salta toda la Edad Media, abriendo un hueco de dos mil años entre Aristóteles y Descartes en la (in)cultura de los jóvenes. Incluso en las facultades de filosofía (diga Vd. el país que quiera de Occidente) la ignorancia del pensamiento patristico y medieval y, por supuesto musulmán, es una nota general, salvadas las excepciones.

Cuando estimamos que nuestros jóvenes están ya suficientemente maduros para hacer una opción que oriente sus estudios, les obligamos a “hacerse” bien de “letras” o bien de “ciencias”. Lo suelen asumir como si de una segunda naturaleza se tratara, como un sacramento que imprime carácter. Las “letras”, las facilonas, las que basta aprender de memoria, no son más que opiniones más o menos interesantes expuestas con orden y buen estilo. Ahí, para que no estorbe, se coloca a la filosofía. Las “ciencias”, las de los listos, son infalibles y las que traen el progreso. Esto es dogma que ni el más racionalista discute. Sin embargo, la mayor parte de los más importantes sabios de todas las épocas desmiente tales encasillamientos. Averroes es uno de esos ejemplos vivos. Pero no se los quiere ver.

Todavía más preocupante es el lugar que se concede en nuestro sistema educativo a la reflexión sobre *la fe y la razón*. Esto atañe en primer lugar a dos especies en vías de extinción o de reducción drástica: las asignaturas de ética y de religión. En numerosos casos se han venido planteando como contrapuestas. Como si la asignatura de formación religiosa o teológica fuese una catequesis o, aún peor, un adoctrinamiento de vía estrecha, frente a una clase de ética amplia, abierta, pero hermética al estudio de planteamientos de éticas religiosas. En fin, otro ridículo dilema: religión para los creyentes y ética para los no creyentes. ¿Es que los creyentes no razonan su ética?. ¿Acaso los no creyentes pueden ser cultos desconociendo el hecho religioso?. ¿A éstos debe vedarse, por ejemplo, el estudio del arte religioso?.

En los nuevos planes de estudio (en muchos aspectos, de espíritu vetusto) se ha decretado el “sálvese quien pueda” y religión para quien se atreva a pedirla en los peores horarios y sin nota que puntúe para la media. Mientras, los más descansados alumnos buscan cómo entretenerse. La “maría” de siempre, doblemente “maría”. Por su parte, la ética (eso sí, para todos) se limita a un solo curso, el último de la educación obligatoria, como si antes o después se pudiera estar sin formación ética. ¡Ah!, la coartada son los ejes transversales de formación en valores que han de impartir a la vez, y a discreción, todos los profesores. La incierta aplicación de estos rimbombantes ejes es cierta.

En todo caso, no tiene por qué excluir una serie de cursos de introducción a la ética (religiosa y no religiosa) y a la teología (cristiana y de otras religiones). Al menos en los programas de religión se concede un amplio espacio a un sereno estudio de pensadores ateos y antirreligiosos. En los de ética, sin embargo, la ética religiosa, la más influyente en el mundo y en la historia, es censurada o caricaturizada. Pero ambas son imprescindibles para una básica educación de la persona, que justamente es persona por su vocación a la libertad, la cual se juega en el sentido que encontramos a la vida. En ninguna simple asignatura se puede ser tan ambicioso como para dar un rumbo definitivo al sentido de la vida de los alumnos. Ellos han de encontrarlo por sí mismos. Pero si unas asignaturas pueden colaborar especialmente en esta búsqueda primordial de los jóvenes, son las de religión y ética.

Junto con la filosofía son las menos “productivas”. No sirven para “hacer” nada. Además se cree que cualquiera puede ser un especialista. Son vistas cual carrusel de la pura opinión. Basta no ofender lo “políticamente correcto”. Ciertamente, no sirven para “hacer”, sino para “ser”. Todos estamos llamados a hacernos, si cabe, especialistas, pero para ello nos tienen que formar especialistas. Y sabemos que los grandes modelos de moralidad y de religión, en quienes ambos aspectos casi siempre han ido unidos, se han caracterizado por cuestionar el status quo, del que han terminado siendo víctimas.

Una sociedad que tanto proclama la excelencia de los valores morales y espirituales y de personas como Averroes que los encarnan, pero que cada vez reduce más la educación seria y sistemática en los mismos, es una sociedad profundamente hipócrita y desconocida para sí misma. Esta vez no funciona el recurso a culpar sólo a los “políticos”. Casi nadie protesta, empezando por la gran mayoría de los profesores de filosofía. Mientras les pagan, les da igual. Y si alzan su voz los obispos, se supone que lo hacen por puro proselitismo.

No se trata aquí de pedir fe, sino razón. Razón sobre los valores, sobre la libertad y sobre la fe misma. Sólo así tendremos firme base para comprender nuestra historia, forjada de fe y de razón. Y esto no sólo durante el Medievo. Sólo así empezaremos a comprender otras culturas, como las culturas inspiradas en el Islam. Y sólo así comenzaremos a entender nuestra propia cultura, que acaba resultando la más difícil. Entonces, cuando Averroes haya entrado en nuestras escuelas, le podremos celebrar.

*Octubre 1998*